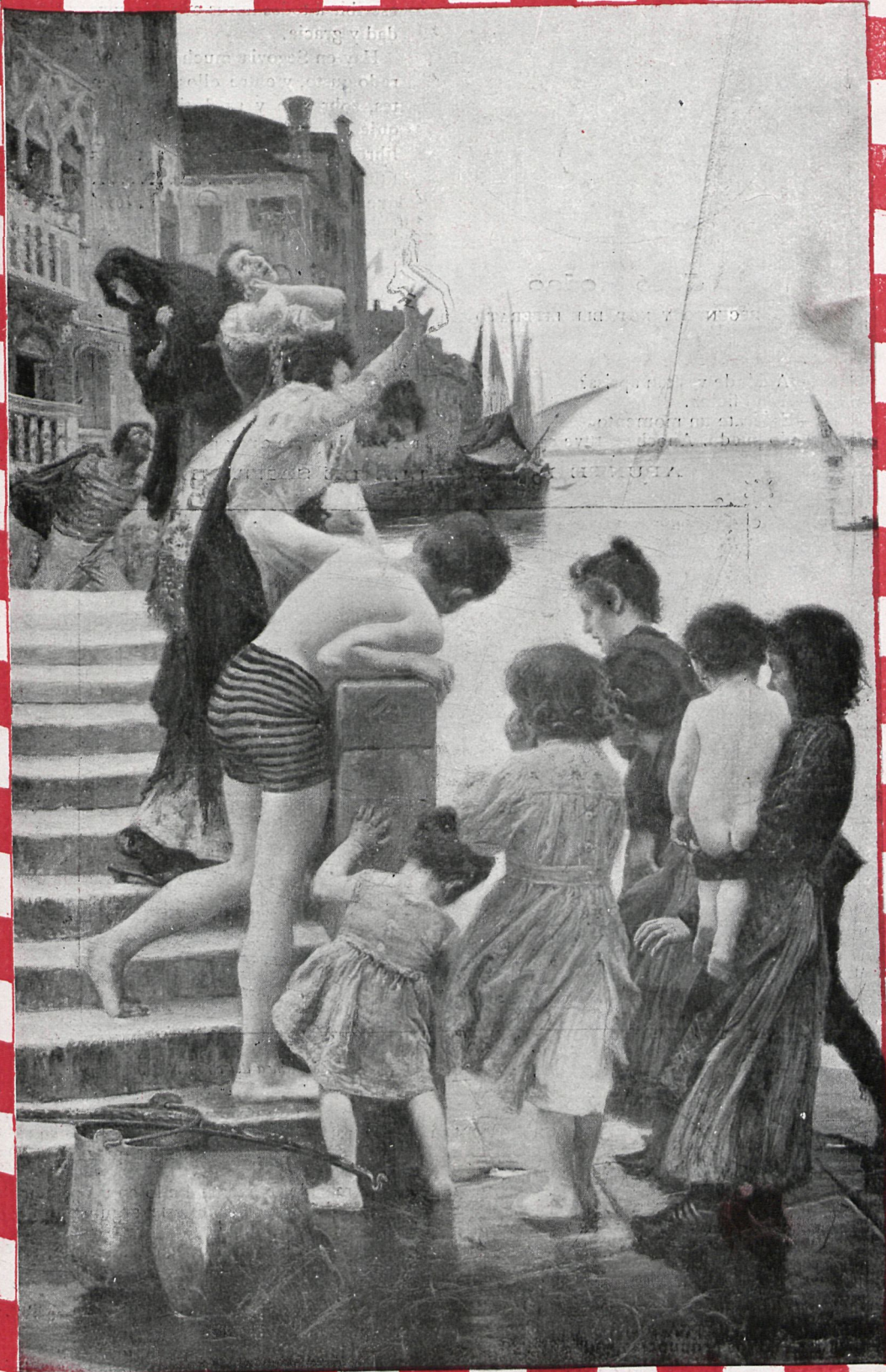


# Instantáneas

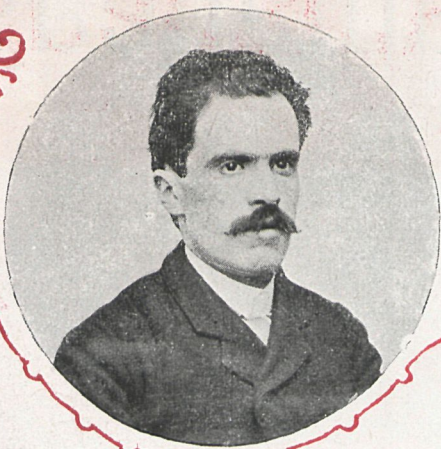
¡AUXILIO!



CUADRO DEL LAUREADO PINTOR J. GARATE

Núm. 95.—Sábado 28 de Julio de 1900.

15 céntimos en España.



**José Rodao**

FECUNDO Y NOTABLE LITERATO

—¿A dónde vas tan aprisa?

—A la oficina.

—Espérate un momento.

—No puedo. Anoche estuve en el baile de la Zarzuela y me estoy muriendo de sueño.

APUNTE DEL MUELLE DE SANTANDER



*Instantánea del Sr. Artasín.*

—¿Cómo está doña Pepa?

—Mal, muy mal; se teme de un momento á otro una catástrofe.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Su yerno.

—Pues no lo creas. Los yernos, en este caso, lo ven todo de color de rosa.



Entre marido y mujer:

*Ella.*—Estás siempre pensando los discursos que has de pronunciar en el Congreso, y luego no los pronuncias.

*El.*—Es verdad. Pero peor sería que los pronunciase sin pensarlos.

Vivir fuera de Madrid y colaborar asiduamente en la mayor parte de los periódicos y revistas madrileñas, es un privilegio del que sólo pueden disfrutar los que unen á un talento sólido una actividad incansable, producto de una fantasía que no se agota y permite escribir á todas horas con frescura, originalidad y gracia.

Hay en Segovia muchos literatos de depurado gusto, y entre ellos, como en todas partes, sobresale y se distingue José Rodao, á quien la fácil musa cómica le ha inspirado libros de tanto mérito y amenidad como el titulado..... que recientemente ha visto la luz.

**CONFETTI**

Un joven romántico dice á una señora:  
—¿Quiere usted aceptar este brazo, que, aunque débil, parte del corazón?



Un grupo rodea en la calle á un pobre obrero que se ha caído de un andamio.

—¿Ha muerto?—pregunta uno.

—Todavía no; se espera la llegada del médico.

# Instantáneas.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Director, M. SALVI

## EL CENCERRO DE PLATA

Todavía existe en el pintoresco pueblo de A. una ermita situada en la falda de una elevada montaña, en la que se venera al Cristo de la Fe.

En su interior, y colgadas á uno y otro lado del altar, se ven diversas ofrendas, entre las cuales se destaca á primera vista un hermoso cencerro de plata.

En cuanto el verano deja sentir los calores, no pasa día sin que el *Tío Chupitos* alquile algún borriquillo, bien á personas del país ó á extranjeras. Los unos van á cumplir alguna promesa; los otros hacen el viaje por mera curiosidad.

Una de las muchas tardes en que, como de costumbre, regresaba el citado *Tío Chupitos* de la ermita, acompañando á una familia francesa, le preguntaron qué significado tenía aquel cencerro, refiriendo el burrero lo siguiente:

«Hace muchos años, cuando aún no pasaba el tren por este pueblo, se hacía el viaje en diligencia, siendo yo uno de los mayores que tenía la empresa, y á quien ese maldito ferrocarril ha hecho que tenga que *agarrarme* al oficio de guía.

Una mañana que venía conduciendo el coche, después de llevar toda la noche de viaje, se nos presentó en el sitio conocido por los *Zarzales*, y en el cual la carretera hace una pequeña curva, un hermoso toro que se había separado del encierro que llevaban para las corridas de feria que tenían lugar en la capital de la provincia.

Al ruido que hacía el coche sobre la grava del camino, el toro levantó la cabeza y, escarbando la tierra, se preparaba para embestir á las mulas.

El terror que se apoderó de todos nosotros no es para dicho, sino para pasado. De pronto, y á pocos pasos de la diligencia, se oyó el sonido de un cencerro; escucharlo el *bicho* y huir aceleradamente por los campos, fué cuestión de un momento.

Por más que miramos á todas partes, nada descubrieron nuestros ojos; nadie se explicaba aquello.

— ¡El cencerro! ¡El cencerro nos ha salvado!

— No, no ha sido el cencerro—dijo la condesa de Bocanegra, que vive en una casa grande que habrán visto ustedes á la entrada del pueblo.

— ¿Pues quién ha sido?—preguntaron los demás viajeros.

— ¡El Cristo de la Fe!, al que pedí nos libertara del peligro que corríamos, y que, como ustedes ven, ha escuchado mis ruegos.

— ¡Milagro! ¡Milagro!

A los pocos días, y costeada por la señora condesa, se hizo una solemne función religiosa para ofrecer al Cristo de la Fe el cencerro que ustedes han visto colgado en la ermita.

Y como al terminar aquel sencillo aldeano su relato, la iglesia del pueblo tocó á la oración, se quitó su tosco sombrero y sus labios pronunciaron un Ave María.



Enriqueta Guerrero.

Bella y notabilísima bailarina española.

# Positivas y Negativas

*Antinomias.—La Unión desunida.—Potencias que no pueden.—Los que sí regeneran.—El doctor Ossío.—Una madrileña de oro.*

Tengo yo un amigo, y aunque digo tenerlo, no lo creas, lector; porque los amigos, por lo general, no los tenemos, sino que nos tienen ellos á nosotros. Pero, en fin, que tengo un amigo el cual jura por sus barbas—y las trae afeitadas—que le *nom fait à la chose*, al revés del proverbio traspirenaico, y no sólo hace á la cosa, sino que significa (dice mi amigo) lo contrario que la cosa representada. Por eso, asegura, se llaman limpiabotas los que no só o no limpian el calzado, sino que ensucian el pantalón; peluqueros á los que, en general, no hacen pelucas; tiradores de oro á los que, en vez de tirarlo, lo aprovechan; caballeros, á gentes... de á pie, etc.

\* \*

Siguiendo la regla del supradicho amigo, se ha titulado *Unión Nacional* la agrupación ó conglomerado, tripartita ahora, que se va con Costa, con Romero, y aun con el Sr. Paraiso, que, como hemos visto, dimite dando órdenes, cosa completamente nueva hasta la fecha.

Cuando se suspendieron las garantías, temiendo yo que algún unionista de buena fe pudiera pasar de *dilettante* á mártir, creíme en el caso de callar; pero como han tomado de nuevo la palabra y la dictadura ha salido bondadosa, me creo en el caso de decir lo que pienso, no vayan á tener por admiración silenciosa lo que sólo era consideración de cortesía.

Y lo que pienso es que el precitado Paraiso dice, para dimitir, que más de 600,000 contribuyentes habían demorado voluntariamente el pago, sin tener en cuenta que sólo por contribución territorial hay en España más de *cuatro millones* de contribuyentes; de suerte que el plebiscito á que se refiere nuestro D. Basilio le ha salido en contra.

\* \*

Tranquilícese el antiguo progresista zaragozano, que si él no ha podido regenerar á España, ni *europizarla*, como apetece D. Joaquín Costa, con el depresivo neologismo que le sugiere su estado de *murria*, como diría Pérez Galdós movido por su varonil entereza (de la que me complazco mucho porque coincide con cosas dichas por este humilde servidor), en cambio las potencias resultan impotentes para *europizar* á la China, donde las mentiras espeluznantes siguen aterrorizando á las gentes sencillas y rellenando de pormenores *macabros* los telegramas de los correspondientes europeos.

¿Y qué tiene de particular que un sólo hombre haya logrado tan poco, cuando todas las Cancillerías europeas no logran nada?

\* \*

Un sólo hombre era Benlliure, otro Sorolla, otro Blay, y ya hemos visto sus éxitos. Uno sólo es Querol, aunque tiene el secreto de Pigmalión, porque da vida á los mármoles, y ya veis, lectores amados, cuánto más han hecho por la patria con el cincel y los

pinceles que nuestros bizarros *unionistas* con el *escalpelo* de su crítica y las fantasías de sus programas.

\* \*

Un extranjero domiciliado há mucho entre nosotros, el venezolano doctor Ossío, ha bajado á la tumba, dejando un recuerdo imborrable por su ciencia y tesoros de bondad.

Era Ossío, además de prestigioso y habilísimo oculista, uno de los hombres más estimados y populares de la sociedad madrileña.

Conocíanle todos, y á pie como en el carruaje, donde solía ir acompañado de sus lindas hijas, caminaba en incansante salud. Su tipo, que era de bolsista ú hombre de negocios, le hacía distinguirse de entre la multitud. Su cínica era de las más notables, y sus facultades de operador extraordinarias; imponíase por el afecto, y ganaba la confianza del paciente por la bondad del carácter. De suerte que el enfermo obtenía la salud, y además un amigo cariñosísimo.

El sábado, aquellos ojos que habían devuelto á tantos la vista se cerraron para no ver más. Con los del alma habrá podido ver Ossío cómo le lloraban los pacientes agradecidos de su numerosa clínica de pobres, de la que tantos salieron con receta y dinero para comprarla.

\* \*

Hay almas que parecen estar de non en el mundo, como los hitos en los campos.

Esas almas, de sentimientos elevados, son gemelas entre sí, y cuando se albergan en personas aristocráticas se llaman Francisco de Borja, Teresa de Cepeda, ó Ernestina Manuel de Villena.

Cuando su origen es más modesto se apellidan Vicente de Paul ó Crispina Serrano Picazo.

Tú no sabes, lector, porque lo bueno suele estar ignorado, quién era esa Crispina de quien te hablo. Pero ve á los humildes, pregunta á verduleras y menestrales si en esa razón social de los Bautistas y Picazos, almaceneros de vinos conocidísimos en Madrid, no había una mujer buena, sencilla y modesta, cómo hija del pueblo, y al punto te dirán lo que era y lo que valía.

Joven aún, murió sin que lograra le viviese ninguno de los muchos hijos que tuvo; pero miró con amor de madre por los hijos de los que eran pobres, y su caridad estuvo siempre á punto, antes de ser llamada.

Yo he visto el lujoso carruaje que conducía sus restos, seguido por una multitud de mujeres que derramaban entonces, desbordantes de gratitud, los raudales de *lágrimas* que su caridad había enjugado; y en aquella masa de madres agradecidas hallé la más preciada corona que el amor humano puede tributar á los que se ausentan del mundo dejando en pos de sí un coro de bendiciones y una letanía de elogios, arrancados al corazón por la eficacia de las bondades.

MANUEL MARÍA GUERRA.



*La instalación del Transvaal* es actualmente una de las más interesantes de la Exposición parisiense.

En la porción de terreno reservado para la exhibición de los productos de la República sudafricana, que tan alto ejemplo de patriótico heroísmo está dando al mundo, hay un palacio oficial ó pabellón de honor, de elegantes proporciones y esbelta perspectiva.

En tan lindo edificio se hallan expuestos todos los productos del suelo y subsuelo transvaalense, á excepción del oro. Multitud de fotografías, demapas, planos y cuadros gráficos demuestran al visitante el rápido desenvolvimiento y elevación de la cultura en el país del anciano presidente Krüger.

A corta distancia de aquel edificio principal hállase la instalación de las explotaciones del oro en dos pabellones, construídos para tal objeto.

La exposición de minería del Trocadero, que es de una sociedad con tal fin constituída, cedió al Transvaal una porción considerable de terreno.

En las paredes de las galerías van colocados trozos de cuarzo aurífero, que representa el suelo del terreno en explotación. Luego se exhiben todas las operaciones que se hacen con el mineral, hasta convertirlo en el precioso metal. *Una granja boer* completa la

representación del desventurado país.

*China y Japón* son, naturalmente, y sobre todo en estos días, los pueblos cuyas instalaciones inspiran más viva curiosidad.

La granja boer.

Se da la curiosa circunstancia de ser esta la primera vez que China concurre oficialmente á un concurso internacional. Una de las construcciones es una reducción del templo del *Dragón negro*, de Pekín, y hay un pabellón con doble techumbre, que está copia-

do de uno de los seis edificios que constituyen la morada del soberano del Celeste Imperio.

El comisario general de China es francés, M. Vapereau.

La instalación japonesa es admirable y reveladora de los progresos alcanzados por aquella lejana nación.



El pabellón de honor.

INSTALACIÓN DEL TRANSCVAAL

Modestas, como son, con relación á otras, estas instalaciones de los pueblos del Extremo Oriente y del Extremo Sur, ofrecen al visitante de la Exposición un interés difícilmente superable, en particular los de China y del Transvaal, pueblos que, el uno por sus gigantescas



proposiciones y el otro por la exigüidad de sus medios, ocupan en estos momentos la atención de todo

JAPÓN



el mundoculto. No contribuirán estas instalaciones á impedir que el éxito del gran concurso haya sido un mal negocio.

## EL ABANICO

El abanico es un pretexto; es el arma ofensiva y defensiva de la mujer.

¡Qué sería de la mujer sin abanico!

Desde niña muestra la mayor predilección, en sus inocentes juegos, por ese *vehículo de sus ideas*, que ha de ser compañero inseparable de toda su vida.

Ni las muñecas, esas *hijas* inanimadas de cartón-piedra ó porcelana que cautivan el corazón infantil de mamás en *miniatura*; ni ese presentimiento maternal que forma las delicias de su infancia, ni esos otros mil objetos que tantos atractivos encierran para una niña, nada llama su atención, de ninguno gusta tanto como del abanico; y es que en él muestran inconscientemente los ímpetus de su fogoso corazón, entreteniéndose en hacer pedazos aquel conjunto de pliegues y varillas, depositario de sus primeros é inocentes besos, y sagrado, digámoslo así, de sus primeras é infundadas lágrimas.

He aquí el instinto de la mujer, destrozando en su misma inocencia el objeto más preciado para ella.

En sus manos, más tarde, el abanico es un *trasto*, con el cual juega, se divierte, y después arroja lejos de sí, de igual modo que lo verifica impíamente con ese *pobre pedazo* de nuestro orgánismo, templo del sentimiento, cuya sacerdotisa es el alma, y que llamamos corazón.

El abanico es un mueble indispensable para la mujer que no sabe sonrojarse, ha dicho un escritor. Frase dura, pero llena de verdad, que si resulta ser cierta, es cuando se refiere á la mujer coqueta, á ese ser desdichado, sin fe y sin sentimiento en la apariencia, cuyo corazón es sólo el resorte que pone en movimiento al autómeta, pero sin conciencia de lo que ejecuta.

Porque el coquetismo podrá ser hijo del temperamento; pero en modo alguno desciende de la maldad.

Dentro del más grosero conjunto de barro se halla encerrada la más delicada concepción que imaginar puede el genio del artista, mas no es el caso concebirla, es el caso modelarla, no rebásar con el cincel la línea que separa el detalle del conjunto, la parte artística del todo grosero.

De igual suerte dentro del corazón más empedernido, es indudable existe la fibra más delicada que puede imaginarse.

La coqueta guarda también dentro de su corazón todo un tesoro de amor y sentimiento, que no asoma al rostro, pero que duerme en calma; mas no es el caso comprenderlo, ni es el caso concebirlo; es el caso desperditarlo.

Si el amor os ha conducido hasta los pies de una coqueta, luchad con fe y constancia hasta el heroísmo, y llegaréis á penetrar en su corazón, y en su corazón hallaréis un filtro delicado del sentimiento, todo amor y todo bondad, si no habéis traspasado el límite que separa el espíritu de la materia, ó lo sublime de lo que es ridículo; y en este caso habréis vencido, y al vencer, si no habéis acabado una obra de arte, habréis hecho una obra de caridad.

El objeto del abanico no es sólo el de cumplir su cometido, toda vez que la mujer hace de él uso y abus; en una y en otra estación, sino el de servirla de recurso para cubrir con su tela la fealdad de una mentira, la imprudencia de una carcajada fuera de tono, y hacer veces, de igual modo que el *en tout cas*, de pararrayos, lo mismo de los del sol, que de una declaración á quemarropa; porque el abanico tiene la propiedad de verificar eclipses totales, de sol y de ilusiones.

El abanico cubre el rubor de una frase picaresca; con abrirle ó cerrarle más ó menos, de este modo ó del otro, sin pronunciar la boca una palabra, todo lo dice y lo calla todo; da una esperanza, la borra; da una cita, la niega; el abanico es, en fin, un telégrafo de bolsillo, cuyo fluido suele hacer más sensación en el hombre que la más fuerte descarga de las pilas de Volta.

El abanico no es solo un objeto vulgar, como parece á primera vista; tiene algo de poético, de fantástico, de infernal...

¿Cuántas veces no vemos sobre su blanco ó negro tafetán, pintada con dulcísimos colores, una de esas escenas de la vida campesitre que nos hacen recordar las églogas de Virgilio y los idilios de Meléndez?

¿Cuántas veces la huella del pincel no ha impreso en el sonrosado gró uno de esos pa-

sajes medrosos de los cuentos de Hoffman, ó vemos campear en su plegada gasa la diabólica figura de Mefistófeles?

Así como por la viñeta del país venimos en conocimiento del gusto estético de su poseedora, en el modo de abrirle ó de cerrarle podemos adivinar sus defectos y virtudes.

La apática ó indolente nunca le abre de una vez: ha de hacer tres tentativas, por lo menos, si ha de lograr abrir dos terceras partes.

La desdenosa lo hace con exactitud y del revés, abanicándose pausadamente.

La vana, por el contrario, con cierta ligereza y siempre del derecho, para exhibir el pintarrajeado guacamayo.

La melancólica le abre pocas veces, y cuando lo verifica es de una manera brusca y rápida, como si obedeciera, más que instinto ó necesidad, á un recuerdo ó á un ímpetu de su corazón.

En cuanto á la duración del abanico, también depende de las cualidades morales y del temperamento de su poseedora.

La juiciosa le guarda después de varios años de servicio, cuando se halla deteriorado, como sabe guardar el amor que depositó un día en el hombre que hubo de ser su esposo.

La casquivana y coqueta necesita media docena de abanicos, por lo menos, cada año, arrojando los restos, de igual modo que cambia de amantes, y olvida con el último que posee los servicios y méritos respectivamente de sus predecesores.

Preciso es confesar que, no obstante este carácter *nocivo* de la coqueta, es la que más atractivos presta con el abanico en la mano; porque ella es quien le emplea con más gracia, con más donaire, con más... diplomacia, con más arte; ella es la que mejor le maneja y le hace *hablar* de modo más expresivo.

El abanico se metamorfosea con frecuencia suma, tanto en su forma y materiales como en sus colores y tamaños.

De todos modos, dije ó pericón, negro ó ó blanco, de naacar ó de concha, de coco ó de marfil, de papel, seda ó cabritilla, el abanico ha sido, es y será siempre una prenda pre-



Una operación quirúrgica del Doctor Orellano.

Instantánea de O. R.

dilecta de la mujer, y mucho más para la mujer elegante, en cuyo mano el abanico es el cetro del mundo, así como en la de la mujer coqueta es el cetro de la tiranía.

¡Pobres mujeres! ¡Pobre abanico! Él, secretario de sus placeres, compañero de sus alegrías, de sus emociones, de su amor, es también secretario de sus quejas, compañero de sus cuitas.

¡Cuántos abanicos llevan escrita en sus varillas la historia de una mujer!

¡Cuántas veces se ve impresa en el raso de un abanico la huella de una lágrima!

JAVIER SORAVILLA.

## Una operación quirúrgica

El día 5 del actual practicó el doctor Orellano una de esas operaciones quirúrgicas que, por lo cruentas, arriesgadas y difíciles, constituyen una página brillante en los anales de la Cirujía, y si además, como esta vez ha ocurrido, el operador salva al enfermo, elevan á gran altura la reputación profesional del médico. Trátase de la extirpación de un enorme quiste del vientre que padecía la distinguida señorita doña Elvira Burgos, joven de diecinueve años.

La operación fué hasta en sus más mínimos detalles la última palabra de la Terapéutica operatoria, acreditándose una vez más el doctor Orellano de hábil operador y concienzudo cirujano. Como ayudantes figuraban los doctores D. Vicente Carsi, Alós, López, Montesinos, Alis, sin olvidar al eminente catedrático D. Adolfo Gil y Morte, que como médico de cabecera de la dicha señorita presenció la operación.

O. R.

Valencia.

## CASTELLÓN.—VINARÓZ



Vista de la plaza y la plaza de Toros.

Instantánea de O. R.

# Del Artico al Antártico

NOTAS COSMOPOLITAS, POR LAZRAM O'NAIRAM

**Un matrimonio en el país de los boers.—Viaje de bodas original.**—Los boers, que ocupan en estos momentos la atención general, conservan en su existencia patriarcal multitud de costumbres curiosas, que por otra parte justifican muy bien la configuración de su país, en el que los medios de comunicación, en las regiones que carecen de vías férreas, se hallan todavía muy rudimentarios.

Un propietario de hermosos prados de pasto elige á veces esposa en localidad muy apartada de la en que reside. Llega el día de la boda, y terminada la ceremonia nupcial, los nuevos esposos tienen que trasladarse al domicilio conyugal, lo que efectúan en sus vehículos, que en nada se parecen á nuestros coches de lujo, sino que es una gran carreta de cuatro ruedas, cubierta con un toldo y arrastrada por bueyes, á veces ocho ó diez, según la riqueza del marido, yendo la desposada con su traje blanco de boda, y el marido llevando prendido en el ojal el ramo de azahar que le ha entregado su esposa, y uno y otro con sus guantes blancos de etiqueta.

Después de un largo y pesado trayecto á través de montes y praderas, llegan los recién casados á su domicilio; los criados acuden todos á saludar á su nueva señora, y los nuevos esposos se retiran á descansar de su viaje de bodas, que no ha tenido ciertamente nada de *comfort*.

**Un sindicato de pordioseros.**—Los mendigos de Filadelfia acaban de crear un sindicato de su gremio, habiendo también nombrado su Consejo de administración para dirección de sus negocios.

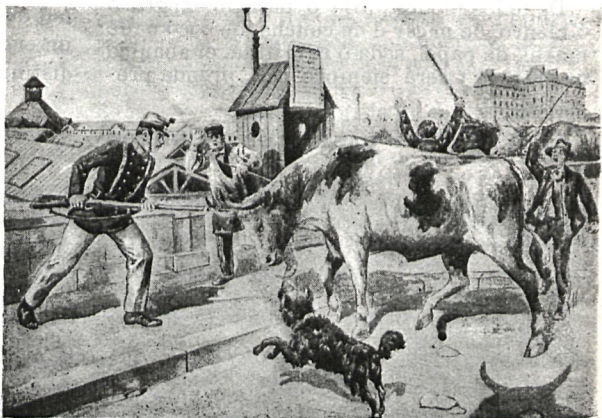
La organización que han establecido es bastante ingeniosa. La ciudad la han subdividido en varios distritos, y cada mendigo no podrá *operar* más que en su distrito. El *tesorero general* (sic) recibe un tanto diario de cada mendigo; este fondo se destina á pagar las multas en que por cualquier falta de policía puedan incurrir los mendigos y socorros á los que por cualquier circunstancia justificada no puedan algún día salir á ejercer su *industria*. En el momento que un mendigo no quiera agremiarse, una verdadera nube de pordioseros agremiados invadirán los sitios donde él acostumbre á pedir limosna, á fin de imposibilitarle por la concurrencia; y si persistiese en seguir pidiendo limosna sin agremiarse, varios agremiados, irreprochablemente vestidos como respetables ciudadanos, acudirán en queja á la policía, que por su parte se halla dispuesta á proteger el gremio de mendicantes.

¿Quién sabe si dentro de algunos años reclamará el nuevo gremio el derecho de elegir diputados ó senadores entre sus individuos?

**Centinela «mataor».**—Con este título refiere un periódico de París el siguiente suceso: Al ser conducido al matadero, con otras reses, un buey, furioso y con la cabeza baja se dirigió á embestir á uno de los centine as.

Este, llamado *Legrand*, del 120 de infantería, no se acobardó, y calando la cuchilla en el fusil, esperó á pie firme la embestida de la res, y le atravesó con el arma. El buey cayó muerto á los pies del valiente centinela, que recibió una ovación de los que presenciaron el suceso.

*Esperamos* (dice dicho periódico con cierta guasa) que á pesar de la interdicción de la MUERTE no se le demandará; bien es verdad que se trata de un buey y no de un toro.



Un centinela «mataor».

**INSTANTANEAS** comenzará á publicar muy en breve, y en forma encuadernable, diez y seis páginas de novela. Con tal objeto ha conseguido que el distinguido novelista y celebrado poeta andaluz **D. Salvador Rueda** destina á la interesante lectura que ofrecemos á nuestros favorecedores una preciosa colección de originales, últimas producciones de su brillante pluma, titulada **FLORES DEL ARRIATE** (cuentos y cuadros), por **SALVADOR RUEDA**, cuyos originales obran ya en nuestro poder y pronto serán ofrecidos á los lectores de **INSTANTANEAS**.



## REPÚBLICA DEL URUGUAY



Bahía de Montevideo.

(Instantánea de A. Bofill.)

## DE CABALLERIA

— Mira, Juan, hoy es preciso hacer algo extraordinario, porque es el patrón de España y hay que celebrar el Santo.

— Pero bueno; ¿y yo qué tengo que ver con *San Santiago* para que de esa manera se me obligue a celebrarlo?

— Hombre, ¡parece mentira que tengas ese descaro, y que en mis barbas te atrevas a discutir lo que hablo!

¿No soy madre de mi hija?

— No soy yo la que te ha dado (si no milagrosamente, por obra de mi Nicasio, que está en gloria), esta criatura con la que tú te has casado?

— Sí, señora.

— Pues entonces ¿a qué discutir mis actos?

— Es que me tiene usted frito como un boquerón con tanto celebrar ya matrimonios, bautizos y cumpleaños.

No transcurren quince días sin que venga a visitarnos

y a decirme que es preciso que conmemoremos algo:

la fecha del natalicio de su abuelo ó de su hermano,

la de aquel hijo que tuvo como... *San Ramón Nonnato*,

y que de no ser por eso hoy sería mi cuñado;

el día de *Santa Tecla*, porque su señor padrastro,

el pobrecito, fué en vida afinador de pianos;

el día de *Corpus Christi*,

porque su tío *Romualdo* era amigo de *Frascuolo*, el *Salvador* más nombrado; *San Antonio*, porque *Cánovas* hizo á su marido cabo ó vigilante de la ronda de alcantarillado; *San Rafael*, en memoria de que el eminente *Calvo* le dió á usted un *vale* de cinco entradas de anfiteatro... y así sucesivamente, me está usted sacrificando y haciéndome que me gaste mucho más de lo que gano, para hartarse de bizcochos, pastas, Jerez... ¡y cigarros!

Y hoy se descuelga usted á verme y, casi á boca de jarro,

se ha atrevido usted á soltarme de improviso otro sablazo,

sintiéndose más patriota que el *Cid* ó que *Don Pelayo*.

¿Se llama usted *Santiago*?

— No, señor.

— ¿Yo me lo llamo?

— Pero bueno, ¡soy tu suegra!

— ¡Justo! Y usted me ha tomado, no en la calidad de *apostol*,

sino de *caballo blanco*.

— ¿Total?...

— ¡Que no lo celebro!

y eso que hoy en este caso había razón de sobra para poder celebrarlo.

— ¿Cuál?

— Que es usted una suegra ¡de caballería!

— ¡Bárbaro!

FÉLIX LIMENDOUX.